

## DISCURSO LEIDO EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADEMICO DE 1897 A 1899 EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE GRANADA (\*)

Excelentísimo e Ilustrísimo Señor:

Señores:

Tanto como hace cinco años sentí no poder, según dictamen del médico, aceptar el encargo de nuestro querido Rector, por hallarme enfermo, otro tanto me alegro hoy de poder cumplir con este grato y penoso deber de decir algo que pueda interesar a todos en la apertura de este curso académico.

Es grato este deber, por venir de quien viene, y dirigirse a maestros y discípulos tan queridos; y es penoso, para quien no es dado a discursos, y mucho menos si han de ser en estilo académico, acerca de altas cuestiones y al gusto de esmerados literatos y sabios profundos; porque ni yo he nacido para eso ni se avienen con mi tosco y añinado ingenio los primores y grandezas del pensamiento y del estilo.

Es mi objeto hablar corto y llano acerca de un punto que de todos es conocido, y no para que se aprenda, sino para que no se olvide. A cuantos estamos aquí, alumnos y maestros, interesa que la enseñanza sea pedagógica, y he aquí el tema de mi trabajo:

### CONDICIONES PEDAGOGICAS DE UNA BUENA EDUCACION Y CUALES NOS FALTAN

He elegido este punto no solamente por el interés general que en todos despierta, sino por afición especial a la educación y enseñanza. Desde muchacho me metió en las escuelas esta afición, y, pagado o de balde, recibiendo dinero o dándolo, puedo decir que en toda mi vida no he hecho otra cosa, y en ello he gozado y así pienso morir. Claro que algo me enseñará la experiencia, algo me dirán tantos y tan variados ensayos con toda clase de jóvenes en los distintos grados de la enseñanza; y éste es el motivo especial del tema, acudir al buen sentido y al campo de mis ensayos, para vulgarizar lo que otros saben por principios de alta ciencia; porque es misión de entendimientos mediocres popularizar, reduciendo a fórmulas de buen sentido, las sublimes elucubraciones de los sabios, repitiendo al alcance de todos las verdades que en un principio fueron conocidas de muy pocos.

#### I. Lo que es la Pedagogía

A la ciencia y arte de educar al hombre llamamos hoy Pedagogía; mañana se llamará quizá Antropogogía. Mucho ha ganado esta palabra en el transcurso del tiempo. *Pedagogos* (*paidagōgos*) llamaban los griegos a los esclavos que conducían los niños del amo a la escuela o gimnasio; *pedagogos* dijeron los romanos a los que instruían a sus niños; *pedagogos* apellidaron nuestros padres a los preceptores y maestros de primeras letras; mas hoy se llama *pedagogo* no sólo al que forma la juventud educándola física, intelectual y moralmente, sino al que estudia y trata de las materias referentes a la educación y, como parte de ella, a la enseñanza.

---

(\*) Se publica íntegro este discurso porque constituye una síntesis del pensamiento manjoniano. Contribuirá también a un mejor aprovechamiento de la lectura de algunos artículos publicados en las anteriores páginas, en los que repetidamente se le cita.

Así la *Pedagogía*, que era simplemente el oficio de acompañar niños al gimnasio, es hoy la ciencia y arte de educar e instruir al hombre, esto es, un conjunto de principios científicos y reglas prácticas cuyo objeto final es hacer hombres cabales y completos, tal cual Dios los quiere y la sociedad los necesita.

Difícil será hallar cosa de mayor importancia que la obra magna de la educación de un hombre; ¿qué será la de todo un pueblo?

## II. *Lo que es la educación*

¿Y qué es educar, ya que *Pedagogía* es el arte de la educación? Educar (de *educere*) es cultivar y desarrollar cuantos gérmenes de perfección física y espiritual ha puesto Dios en el hombre; es intentar hacer hombres perfectos con la perfección que cuadra a su doble naturaleza, espiritual y corporal, en relación con su doble destino, temporal y eterno, y en este sentido es prestar en uno los dos más grandes servicios que pueden hacerse en la vida: el uno es a Dios, a quien servimos perfeccionando su obra predilecta, y el otro es al hombre, a quien servimos acercándole a Dios, su ideal, por medio de la perfección. Porque Dios es el Ser de las perfecciones, y es ley de hijos el parecerse a sus padres, ley de raza que está aplicada al hombre en aquellas palabras de Jesucristo, Maestro de los siglos: "Sed perfectos, *como* lo es vuestro Padre celestial".

Siendo *educar perfeccionar*, menester será que la educación saque de los dones naturales el mayor partido posible, desenvolviéndolos, adornándolos, ennobleciéndolos y dirigiéndolos a los altos fines para que están ordenados, a fin de que en el hombre venzan el saber a la ignorancia, la razón a la pasión, el deber al placer, y siempre que haya conflicto entre el bien y el mal, el hombre sea hombre y no bestia.

Mirada así la educación, es un poderoso medio de redención individual y social: sana al hombre, le libra del atraso y envilecimiento, contribuye a su dicha temporal y eterna y, mediante el hombre, salva y levanta a familias y pueblos.

La educación de un pueblo da la medida de su progreso, y si queréis investigar las causas que motivan las diferencias entre pueblos bárbaros y cultos, buenos y malos, nobles y degradados, hallaréis como principal, si no única, la buena o mala educación que han recibido.

Es, pues, la buena educación aquella margarita preciosa del Evangelio en comparación de la cual todo otro tesoro no tiene precio, es el negocio de los negocios, la más grande obra de caridad que cabe en un corazón, el pensamiento más hondo de política y religión que puede concebir un cerebro.

Ahora bien, si *Pedagogía* es la ciencia de educar, y la educación vale tanto, ¿será lícito a ningún hombre culto, sacerdote o maestro, padre de familia o jefe de un pueblo, mirarla con indiferencia?

Visto lo que una buena educación puede hacer, veamos lo que no está en su mano conseguir.

Puede una acertada educación pedagógica evitar el atraso, la degradación y el embrutecimiento; puede disminuir la enfermedad, la ignorancia, la inmoralidad, la pobreza y el crimen; puede perfeccionar hombres y pueblos, elevándolos paso a paso, de perfección en perfección y de progreso en progreso, hasta hacerlos dignos de sí y de sus altos destinos: lo que no puede conseguir es hacer milagros ni contradecir las leyes impuestas por Dios y por la naturaleza.

Así como no puede la educación hacer de animales hombres, tampoco le es dado hacer de mujeres varones; no puede a los ineptos darles aptitud, ni a los ignorantes repentina ciencia, ni a los incultos subitánea cultura y adelanto, ni a los enfermos degenerados cabal salud, ni a los muy envilecidos sentimientos delicados y exquisitos, ni a los seres libres absoluta bondad; no puede ni debe a seres sensibles educarlos con solas ideas, ni a seres de razón con solas artes, ni a seres de moralidad y destinos eternos como meros animales industriosos. Lo cual quiere decir que la educación, para ser tal, necesita condiciones, y si éstas faltan, el hombre queda sin educar o educado al revés, que será la mayor de sus desgracias.

Las leyes de la educación tienen por fundamento la naturaleza del educando, porque a la naturaleza no se la manda sino obediéndola, y así el que trata de dirigir y desenvolver al hombre, necesita estudiarle, el pedagogo debe ser antropólogo; pero como la *Pedagogía* es ciencia y arte, el educador ha de conocer no sólo los principios generales, sino las aplicaciones y reglas prácticas, ha de ser hombre de ideas y acción, teórico y práctico, ni ideólogo ni rutinario,

sino conoedor de los métodos y muy experimentado en los procedimientos de la enseñanza. Esta experiencia no la dan los libros, sino los maestros y la práctica.

¿Ciencia y arte tan importante como la Pedagogía figurará en los planes de enseñanza? Sí, se estudia en dosis homeopáticas en las Escuelas Normales, sólo allí y por los alumnos menos aptos para entenderla, pues, por regla general, son humildes campesinos que en dos años cursan dieciséis asignaturas y, mediante dieciséis exámenes y una reválida, salen a pedagogos. Cuentan que en Alemania y otros puntos la Pedagogía se estudia en las Universidades; aquí no hemos llegado a tanto.

### III. *La educación debe ser una y no contradictoria*

Esta unidad de la educación puede considerarse o con relación al hombre en general o con relación a cada hombre en particular. Siendo todos los hombres unos o idénticos por su origen, destino y naturaleza, procede lo sean también en los medios generales de superfección, que la educación proporciona. Esto por un lado, que si se considera, no al hombre general y abstracto, sino al individual y concreto, a tal o cual educando en particular, la idea de la unidad se acentúa con energía. Cada hombre, decimos, es *un hombre*, no dos; tiene un destino y se le debe ayudar a cumplirlo. Ese auxilio o ayuda le da una buena educación, y no sería buena si fuera divergente. Un fin último señalado a una naturaleza idéntica, he ahí lo que da la unidad esencial a los fines secundarios, que son medios subordinados, en tanto racionales y humanos en cuanto quepan dentro del fin total asignado al hombre. Todo está bien con tal que del Sumo Bien no nos aparte.

¿Queréis más libertad, maestros y educadores de la humanidad? Pues privada ésta de sus derechos y quitada a Dios la facultad de señalarle destinos: para que vosotros crezcáis es menester que Dios y el hombre mengüen.

Para que la educación del hombre lleve el sello de unidad es necesario saber lo que esto vale y por qué lo vale, a fin de ordenar su formación en relación con su destino y dar a cada cosa su relativa importancia.

El hombre es más noble que el mundo, porque el hombre piensa y el mundo no, el hombre es inmortal y el mundo se acabará, el mundo se ha hecho para el hombre y el hombre para rey del mundo. Si el mundo vale es por ser morada del hombre. El Hijo de Dios se hizo hombre, no mundo, para enseñar al hombre a ser hombre, y no para instruirle en las ciencias del mundo, que dejó entregado a las disputas de los hombres, y, poniéndose a sí mismo por modelo, dejó en la Iglesia su figura, para que ésta fuera modelando hasta el fin del mundo hombres perfectos según el ejemplar venido del cielo. Jesucristo es el Hombre perfecto y la Iglesia es la gran Educadora de los hombres conforme a ese divino modelo. he aquí el ideal de la educación cristiana.

El Cristianismo ha dado al mundo los principios en que descansa la unidad de la educación, enseñándole que hay un solo Dios, de quien todos traemos origen y a quien todos tenemos señalado como final destino; que todo hombre, por ser hijo de Dios, es hermano de todos; por tener idéntica naturaleza y destino, es igual ante sus hermanos; y por ser hijos todos de Adán y Eva, primeros prevaricadores, están todos expuestos al pecado. Jesucristo, Hijo de Dios y Hombre verdadero, vino al mundo para enseñar y salvar al hombre, habiendo fundado una Institución docente para continuar entre las gentes su obra de educación y redención hasta el fin del mundo.

Partiendo de estas verdades, la Pedagogía tiene base, norte y guía, sabe en qué se funda, a dónde va y cuál es el camino; sólo cabe discutir el modo de marchar, los procedimientos y métodos; lo cual da a la enseñanza aquel carácter de unidad sublime, seguridad y práctico conocimiento del hombre, que distingue a la Universidad antigua en medio de una amplia libertad académica y enérgica vida intelectual.

Después de Dios nada hay para un educador cristiano que valga lo que el hombre; a éste, pues, debe ordenarse la obra de la educación, relacionándola con su destino: educar es enseñar para salvar; la perfección es el ideal de la educación, y ninguno es perfecto si de Dios se aparta.

¡Qué pensamiento más grande y qué misión más sublime la del educador cristiano! Participa de la misión de Cristo, es un coadjutor de la Providencia; quien sabe educar tiene en su mano los destinos temporales y eternos del hombre. ¿Puede darse empleo más noble, misión más alta?

Si algunos pedagogos modernos se apartan de estos principios y, desentendiéndose de la

Iglesia, entregan la enseñanza a los Estados para que éstos *modelen la juventud a su imagen* (Thiers) y semejanza, los cuales, a su vez, la entregan a sus Maestros, para que cada uno la modele según sus opiniones, y entre todos la entregan a la confusión y escepticismo, que, lógicamente, producen sus contradicciones y opuestos sistemas, ¿debemos considerar esto como una desdicha o como un adelanto? Sin unidad no hay fuerza educativa, y los Maestros se contradicen en las verdades fundamentales; sin inteligencia entre los Maestros no hay escuela, sino más o menos clases; sin ideas fijas y fines ciertos ni la inteligencia adquiere fijeza ni la voluntad firmeza; y como sin estas condiciones el hombre no es hombre, o la razón es locura, o tales centros de instrucción pueden convertirse en loqueras. En este caso el alumno que mejor sale es el que menos tiene que olvidar.

#### IV. La educación debe ser integral

El hombre, chico o grande, "es un animal racional" (Aristóteles), esto es, un compuesto personal de cuerpo organizado y alma espiritual, que siente, piensa y quiere y se da cuenta de sus actos. No es mero espíritu, como los ángeles, ni tampoco mera bestia, como los animales, sino conjunto de espíritu y materia tan íntimamente unidos que forman un sujeto, una persona, un solo ser, el hombre; por lo que estos dos elementos guardan entre sí tal dependencia que no puede el uno obrar sin el otro y se están influyendo recíprocamente. Estas son verdades de experiencia que la Antropología desarrolla y comenta, y de las cuales la pedagogía deduce las conclusiones siguientes, entre otras:

1º. El ideal de la educación general es hacer hombres completos, sanos y aptos en el alma y el cuerpo para cumplir su destino temporal y eterno: *mens sana in corpore sano*, que decían los antiguos.

2º. La educación debe ser *integral*, o del hombre todo, y no educa bien quien abandona el cuerpo o el alma, ni puede educar bien quien tenga al educando por una mera bestia más o menos culta.

Luego hay errores que incapacitan para el Magisterio.

#### V. La educación debe comenzar desde la cuna

El niño, que es un hombre chico, es educable desde la cuna, y de su primera educación depende en gran parte su porvenir.

El niño tiene cuerpo y alma, con sus facultades, inclinaciones, temperamento, instinto y el bien y el mal latentes en el germen de humores y pasiones, esperando una buena o mala educación para convertirse en salud o enfermedad, en virtudes o vicios.

La facilidad con que el niño de meses, muy consentido, se hace caprichoso, egoísta, envidioso, avaro, irascible, y la dificultad con que se borran estos vicios de una educación torcida, vicios que suelen durar lo que la vida, prueban la necesidad de educar, y educar bien, desde la más tierna infancia. A la madre toca especialmente esta misión delicada y trascendentalísima, de cuyo feliz desempeño dependen en gran parte el porvenir del hombre, de la familia, de la religión y la Patria. Concluimos, pues:

1º. La educación del hombre comienza desde la cuna.

2º. La primera y principal educadora del niño es la madre.

3º. Importa más educar bien a la mujer que al hombre, porque a los hombres los forman las madres.

#### VI. La educación debe ser gradual y continua

Así como el niño se hace hombre paso a paso, no por saltos, sino poco a poco y por sucesivos grados, así la educación que aspira a perfeccionarle, ha de ser gradual y continua.

Educación *gradual* y *continua* o sucesiva, significa acomodada al desarrollo físico y espiritual del alumno y ajustada en su marcha a las distintas facultades y tiempos. Procederá despacio, siempre andando y nunca corriendo, por pasos imperceptibles, de modo que no se note lo que se anda en cada momento, pero sí lo recorrido en períodos determinados, dando a cada facultad su alimento y a cada grado su tiempo. No conviene forzar las facultades, para que el niño se luzca como si fuera un viejo, ni tampoco dejarlas estancadas y como incapacitadas de

desenvolvimiento; debe marchar la educación como el reloj bien montado, que ni se apresura ni se para, sino que da su hora en tiempo oportuno.

La Pedagogía no quiere talentos precoces, que suelen agotarse o desgraciarse, ni talentos dormidos, cuando ha llegado la hora de despertarlos.

Para lograr una educación completa, deben escalonarse las enseñanzas y los organismos docentes de tal modo que uno prepare para otro y sea éste consecuencia del que le precedió, y así, perseverando la acción unida de padres y maestros, es como se obtienen buenos resultados. ¿Mas qué sucederá si los maestros no se entienden, o la educación sufre interrupciones frecuentes? Que la educación dará malos resultados. Las frecuentes intermitencias del estudio, o excesivos vacantes, se oponen a la educación continua, porque, cuando son frecuentes, la perturban, y siendo largas, la interrumpen, y a veces la anulan.

En nuestro país el estudiante de escuela primaria suele asistir de siete a ocho meses, sumando todos los días; el de segunda enseñanza asiste seis meses, y el de Universidad cuatro o cinco, a lo más, y el autónomo o libre, que está en mayoría, es maestro de sí mismo, *autodidacto*, y va por la Universidad a *pasar* asignaturas, es decir, asiste a los exámenes.

Si la clase es un accidente *extraordinario* en la vida del escolar, y éste, cuando no asiste a clase, no hace sino holgar, ¿quién duda que la enseñanza, así entendida, es escuela de holgazanería? Siendo la enseñanza parte principal de la educación nacional, considerad lo que será la nación donde así se educa. Si el trabajo perseverante es el que engendra hábitos y da resultados, medita los resultados intelectuales y morales de tales costumbres o corruptelas, unas ya seculares, y otras que datan de fecha no lejana.

En realidad la asistencia a clase es hoy voluntaria para maestros y alumnos y carece de sanción eficaz; a ningún profesor se le quita la cátedra por quedarse en su casa o farmacia, y a ningún alumno se le suspende en exámenes respondiendo algo; y para estos fáciles triunfos, basta saber leer, no son necesarios maestro ni cátedra.

Pidiendo la educación gradual que a cada facultad se dé por pasos contados el debido alimento a su tiempo, peca contra esta regla del buen sentido el sistema seguido en nuestras *Universidades*, chicas y grandes, para la admisión y retención de alumnos. En ellas se admite y retiene a cualesquiera jóvenes, sean niños o no, estén sanos o enfermos, sean listos o ineptos, den pruebas de aplicación o de obstinada holgazanería, sepan bien lo del grado anterior o no sepan nada. Así se consigue poblar estos centros, en parte notable, con chiquillos sin juicio, o jovencuelos entecos de alma y cuerpo, mezclados con haraganes obstinados, que sirven de rémora y escándalo a los buenos en la clase y en la calle, y *con aquella turba magna de impreparados* que, por culpa y desgracia de todos, pasa adelante sin saber bien lo de atrás.

Que se exijan años, más bien quince que catorce, para ingresar en Instituto, como se piden ya para ingreso en la Normal, y diecinueve o veinte para entrar en la Universidad; que preceda en todo caso riguroso examen sobre conocimientos previos y condiciones de salud y talento para el estudio; que el suspenso segundo equivalga a una declaración de ineptitud para el estudio; y dividida la enseñanza en grados, se pase de uno a otro con tales pruebas, que sea imposible para los negados, y sobre todo, para esa bandada de memoristas que siguen la carrera de papagayos. Podrían con estos y otros medios, como el de cobrar los Maestros por asistencias y no por sueldos, remediarse muchos males.

## VII. La educación debe ser progresiva

Esto es consecuencia de lo anterior. Si educar es desarrollar, será también progresar, porque el desarrollo del ser humano está sujeto a leyes físicas y espirituales y ha de hacerse con el tiempo, subiendo poco a poco y por grados en la escala de la perfección, a lo cual llamamos progresar. La educación supone al sujeto educando en constante movilidad o marcha de lo menos perfecto a lo más perfecto, y su misión es dirigir esa vida en acción de lo menos a lo más, esto es, de lo sensible a lo espiritual, de lo espontáneo a lo reflexivo, de la percepción a la observación, de lo exterior a lo interior, de lo concreto a lo abstracto, de lo particular a lo general, de lo fácil a lo difícil, de lo conocido a lo desconocido, sin dejar huecos ni lagunas, que sería muy difícil llenar después y retrasarían en todo caso la marcha del alumno y de la clase. *Festina lente* es axioma de todo adelante; *marcha despacio*, que hacer las cosas bien, eso es progreso.

Para comprender mejor lo que significa avanzar siempre con paso firme y sin dejar enemigos a la espalda, apliquemos a la enseñanza esta ley de todo progreso científico: *Pasar de*

*lo conocido a lo desconocido.* Esta es una regla del arte de enseñar que no puede violarse sin destruir la enseñanza misma, trastornando y confundiendo la inteligencia del alumno. Si éste no entiende los términos de una explicación, si titubea o ignora los principios en que se apoya una demostración, si desconoce los datos necesarios para una deducción o conclusión, no puede atender con provecho ni gusto a una enseñanza para la cual no está preparado. Sea poca o mucha su ciencia, el profesor que no quiera perder el tiempo, ha de partir de donde el discípulo está, para llevarle por sus pasos contados sosegada y metódicamente a donde él se encuentra. No hay otro medio. Ciencia es la verdad razonada, sea por deducción o por inducción.

Sucede, por varias causas, que el Instituto y Escuela Normal reciben los alumnos sin preparar, y los despiden Bachilleres o Maestros, llenos de vanidad y vacíos de saber; las Universidades toman estos bachilleres imberbes y presuntuosos e intentan desde el primer día hacerlos científicos, y como no tienen base, porque estudiaron muchas cosas y no saben bien o no recuerdan, que es lo mismo, ninguna, pierden maestros y alumnos el tiempo; y así, de uno en otro imposible, se van rodeando asignaturas y cursos, contentándose con mal repetir algunos detalles sin orden, trabazón ni unidad científica en los exámenes de papagayo.

Un ejemplo patentizará esto. Llega el niño de diez años a estudiar Latín; se le *suponen* algunos conocimientos de Gramática Latina, y pasan tres sin que le hablen más de ella. Se *supone* que la aprendió para no olvidarla. Llega a matricularse en Literatura Latina, Derecho Romano o Canónico, y se ve que ni uno entre mil sabe leer el latín ni menos traducir un texto. ¿Qué se va a hacer? *Suponer* que lo saben y declinar en los organizadores de la enseñanza el absurdo de aprobar a quienes ni leer pueden el texto que han de comentar. Esto sucede con la Química a los médicos, con la Ética a los abogados, con las Matemáticas a los físicos y con la Pedagogía a los catedráticos.

Consecuencias nada halagüeñas de esta enseñanza son:

1ª El atraso general de las clases directoras, que no pueden elevarse a la altura de los conocimientos por falta de método, ni saben, por lo mismo, salvar de la penuria y el atraso a los pueblos que dirigen.

2ª La informalidad en la vida; pues si no hay seriedad en el estudio ni rigurosa disciplina de escuela en el templo de la ciencia ¿qué va a aprender esa triste juventud, sino que la vida es comedia y la ciencia un título, y nada más, para representar un papel en el gran teatro del mundo?

Por aquí se ve cómo la ausencia de las condiciones debidas en la enseñanza convierte bienes en males, la mala instrucción en rémora para el progreso, y la ineducación en verdadera calamidad pública.

Ya no extrañará que nuestra grandeza se haya eclipsado, que el porvenir sea oscuro, y que escaseen los hombres de cuerpo entero bien nacidos y bien criados: basta la mala educación para comprometerlo y agostarlo todo.

### VIII. *La educación debe ser tradicional e histórica*

Es tal la importancia y dificultad de la buena educación, que es, o debe ser, obra de todos los siglos, y al darla, y mucho más al modificar el plan y método, han de tenerse en cuenta, no sólo las exigencias modernas, sino el carácter y tendencias sociales y seculares, y aun nacionales, de los pueblos.

La educación debe ser *secular, tradicional e histórica*, porque todos los siglos han trabajado para nosotros y debemos recoger y utilizar esa labor. El fin práctico de la educación de una generación consiste en hacerla apta para disponer de los bienes legados por las generaciones que la precedieron y transmitirlos aumentados a las generaciones sucesivas; para lo cual se necesita educar en el pasado y aprovechar la experiencia de los siglos. Además, hay cosas que perseveran en todos los tiempos y están por encima de todas las veleidades y cambios, y deben ser respetadas ahora y siempre. La obra de la educación es la obra colectiva de la humanidad, y ha comenzado con ésta para no concluir antes que ella; obra tan grande no la pueden terminar una ni dos generaciones, tiene por duración los siglos y por obreros a todos los hombres.

Dentro de los intereses y marcha general de la humanidad, existen las naciones, con su historia y destinos especiales, que deben tenerse en cuenta al formar la juventud de cada pueblo.

Júzguese por aquí de cómo andará la Pedagogía en algunas desdichadas naciones, donde al cambiar de los Ministros, que son tan móviles como las hojas, cambian los planes de enseñanza; qué será de la educación de los pueblos cristianos, cuando algunos de esos Ministros, imbuídos en ideas o influídos por hombres no católicos, imponen sus errores de Real Orden, o abandonan la tradición cristiana, protectora de la fe, para formar a la juventud fuera de todo elemento religioso, ni más ni menos que si la fe no existiera ni la patria estuviera fundada a su sombra; y qué frutos sazonados se podrán obtener, ni humanos, ni patrióticos, ni cristianos, con ese continuo tejer y destejer, montando la enseñanza hoy a la española, mañana a la francesa, y pasado mañana a la inglesa o americana, como si alumnos y maestros fuesen elásticos como la goma, adaptables a todos los genios y gustos, y muy capaces de improvisarse a sí mismos y hacerse repentinamente otros hombres, a estilo del sargento que llevaba en diez años cinco pronunciamientos y otros tantos despronunciamientos, para vivir en paz con el coronel. ¿Qué experiencia cabe ni qué entusiasmo en el cuerpo docente por unos sistemas y planes que así cambian y le son impuestos?

### IX. *La educación debe ser orgánica y armónica*

Es decir, que así como el educando es un organismo completo, en el cual hay muchos miembros y todos forman un cuerpo, y en el alma hay varias facultades y todas forman un alma, y el alma y el cuerpo forman un pequeño mundo (microcosmo) de admirable sabiduría y concierto, la educación, llamada a *desarrollar* al hombre en formación, a *dirigirlo* para que no se tuerza, y a *corregirlo* para que se enderece, debe ser también *orgánica y armónica*, esto es, debe atender a que cuerpo y alma vivan en armonía, y cuantas fuerzas hay en el cuerpo y potencias en el alma sean desenvueltas según pida su naturaleza y relativa importancia; que no haya atrofia en nada, ni desequilibrio entre la parte física y la espiritual, ni entre los factores de una otra, y si acaso por vicios de educación o defecto de naturaleza hubiese desorden, se corrija, para que cada facultad o energía ocupe el puesto que le corresponda y del desenvolvimiento coordinado de todas resulte la dicha.

Entran aquí muchos casos a los cuales debe aplicarse la regla. ¿Hay cuerpos enfermizos con alma enérgica?, procúrese contener los bríos del alma para que el cuerpo no perezca. Por el contrario, ¿cuerpos exuberantes de vida contienen almas que están como embotadas y adormecidas?; pues promuévase el desarrollo anímico. A los temperamentos sanguíneos se los educa de modo distinto que a los linfáticos, en los razonadores que no recuerdan, hay que cultivar la memoria, y en los memoristas que no discurren, la razón. Fijémonos en esto.

Conviene cultivar la memoria, preciosa facultad de retener en el alma los hechos pasados y de evocarlos. Para imaginar, sentir, pensar, querer y obrar se necesita recordar, y así se ha dicho que tanto sabemos cuanto retenemos o recordamos. En este sentido debe cultivarse y acrecentarse la memoria. Pero si se trata sólo del cultivo de la memoria de signos o palabras, para repetir mecánicamente en exámenes lo que se ha prendido con alfileres, según frase gráfica, no conviene el excesivo desarrollo, porque es en detrimento de las funciones superiores de la inteligencia, como la razón y el juicio, las cuales se atrofian por desuso, resultando los dichos memoristas, a lo más, asnos cargados de letras, y a lo menos, cangilones de noria, que toman un libro, lo vierten en el examen y se quedan vacíos y tan frescos.

¿Podrá la Pedagogía aprobar una educación que se reduce a desarrollar la memoria de repetición o mecánica del alumno, quien se aprende cada año cuatro o cinco libros, que repite literalmente en los exámenes, obteniendo quizá por este mérito otros tantos sobresalientes?

Si vemos a este joven, modelo de aplicación, perder su salud, y al fin de su carrera o carreras, notamos que no sabe nada, ni pensar, ni sentir, ni querer, ni vivir, y es semejante a un niño que habla, o a un viejo que vacila y duda en todo, es indudable que la tal educación es funesta, y que sería más hombre si no hubiera estudiado, porque estaría menos desequilibrado.

Añadamos, para conclusión, que eso es lo que se hace en muchas cátedras: educar la memoria de signos, y la educación intelectual es lo más que se pide en los planes de enseñanza. ¿Y la sensibilidad y la educación física? Como si no existieran: ante nuestra pedagogía usual, la inteligencia es el hombre y la instrucción es el todo. ¡Y qué instrucción!

### X. *¿La instrucción es la educación?*

Siendo la educación la acción de desarrollar todas las facultades o energías del hombre, cultivándolas, dirigiéndolas y disciplinándolas, la instrucción es educación y no lo es: es educación en cuanto ésta supone conocimientos y la instrucción es el medio de transmitirlos; es educación, porque el recto saber rectificó el querer y ayuda a bien obrar; y no equivale la instrucción a la educación, porque aquélla es una parte y ésta es el todo; educar es instruir y mucho más, es enseñar a pensar, querer, sentir y vivir. Hay hombres instruídos que no saben pensar, esto es, que no tienen educada la facultad de pensar, y otros muchos, que teniendo cultivada la inteligencia, tienen yermo el corazón y hacen inútil su vida; lo cual no sucedería si fueran sinónimas instrucción y educación.

En suma, sin instrucción no hay educación, pero con ella sola tampoco, y de confundirla resulta el lamentable y funesto error pedagógico de reducir al Maestro, que debe ser *todo un educador, a mero instructor*, y a los alumnos a hacerlos *instruídos*, aunque queden *ineducados*, esto es, sin energía, dirección ni hábito en el pensar, querer y obrar.

### XI. *La educación exige atención sostenida y unidad de objeto*

La pereza o desidia es un pecado capital; no es un mero accidente que pasa, sino un defecto fundamental y connatural del hombre, y especialmente del escolar.

Trabajar, y trabajar constantemente con método e intensidad en orden a un fin determinado, es el mayor esfuerzo que se puede pedir a nuestra naturaleza, y si ese trabajo es del orden espiritual, crecen las dificultades: estudiar y meditar es siempre pesado.

El niño, que es todo actividad, se resiste cuanto puede al trabajo metódico; el salvaje prefiere morir a trabajar con sujeción a un oficio; el hombre culto es tentado a solicitar un empleo, porque así piensa no cuidarse ya de nada; el joven acomodado pasa la vida en conversación, lectura, crítica y mil esparcimientos variados que le ocupan y distraen, y así se libra de pensar en nada serio; el *diletante* científico, que viaja, canta, lee y censura obras ajenas, escribe para la prensa, y quizá reúne datos para escribir libros con libros ajenos, es un perezoso desparramado, que se ocupa en mil cosas variadas e inconexas, porque carece de voluntad para tratar de una sola y estudiarla con orden y empeño. Todos llevamos el germen de la desidia en nuestra sangre y son muy pocos los que se sustraen al vicio capital de la holganza; tomamos por trabajo los mil disfraces de la pereza y con esto no la curamos, porque ni siquiera la reconocemos. Nos haría una injuria quien nos dijera que comemos el pan a traición, por estar persuadidos que lo amasamos con el sudor de la frente. Muchas veces he considerado cuál es el defecto capital de la raza gitana, y si existe entre ella y la nuestra alguna barrera insuperable, y he sacado en conclusión que su vicio capital es el amor a la holganza, y que entre ellos y nosotros no hay otra diferencia que la del grado. A todos, blancos, negros y pardos, gusta pasar la vida con el menor gasto posible de ideas. Veámoslo en nuestros centros de enseñanza.

De cada diez estudiantes, estudia uno; de doce meses del año, los más trabajan uno; de las múltiples subfacultades del entendimiento, la inmensa mayoría sólo trabaja con una, con la memoria mecánica o de palabras; de doce años que dura la carrera, sumados, no resulta uno de estudio; de miles y miles de estudiantes que no estudian, si perseveran en examinarse, quedará uno entre mil por inepto, los demás todos son aprobados; de cada mil hombres con título, ¿habrá diez que trabajen en el estudio?; los demás ya estudiaron cuando cursaron. No creo exagerar la estadística, y si no que cada estudiante, presente o pasado, la compare con la historia de sus compañeros.

¿Qué parte cabrá en estos resultados a nuestros sistemas de enseñanza? No pequeña.

Las ideas que pasan por la mente a escape son huéspedes que pronto se van; para que sirvan en la vida, es menester que vivan largo tiempo dentro de casa, y allí se arraiguen y crezcan y se desarrollen y se enlacen con otras y germinen y broten estas ideas, ya nuestras, otras y otras, que consideraremos como hijas del alma, por ser producto de las ideas madres, a las que hemos hecho dueñas y señoras de todos nuestros pensamientos quizá por muchos años.

Vi a un campesino encerrar en su palomar vacío un par de pichones prestados, y allí los cuidaba y mantenía y no los dejaba salir al campo hasta que, mayores, sacaron cría. Al año aquella pareja había poblado el palomar, y el campesino me dijo: "Si los hubiera soltado cuando pichones, ni hubieran criado en mi casa, ni hubieran vuelto; ahora crían, van y vienen, y siempre son míos".

He ahí lo que debemos hacer alumnos y maestros con las ideas, cerrarlas en casa hasta que críen y vayan y vengán y siempre sean nuestras. *Non multa, sed multum oportet studere*. No son los más sabios los que saben de muchas cosas, sino los que saben mucho de una.

Hombres de una idea que la incuban largo tiempo y la nutren con toda clase de observaciones y conocimientos y la hacen madre de todas sus ideas y objeto de todos sus desvelos, estos son invencibles, hombres siempre de mérito, y a veces hasta verdaderos genios. Newton descubrió la gravitación universal "pensando constantemente en ella". Goethe dió a luz el Fausto a los treinta años de tenerlo en su mente. Cristóbal Colón descubrió el Nuevo Mundo persiguiéndole toda la vida. Los santos consiguen la gloria perseverando en el cumplimiento del deber hasta la muerte. Señalar un blanco y apuntar a él siempre, ése es el secreto del saber, valer y poder del hombre. ¿Lo entienden así nuestros planes de enseñanza? ¿Lo entendemos así nosotros?

"Sensible nos es reconocer cómo todo nuestro sistema de enseñanza contribuye a agravar la pereza fundamental de la inteligencia. Los programas de segunda enseñanza parecen destinados a formar de cada alumno un *extraviado*, obligando a los desgraciados adolescentes, con la variedad de materias que deben asimilar, a libar en todo sin permitirles profundizar en nada. ¿Cómo no ha de creer el joven en lo absurdo de todo el sistema actual de segunda enseñanza, y por tanto en su tendencia a sofocar en el alumno todo espíritu de iniciativa y todo conato de voluntaria buena fe para el trabajo? En nuestro actual sistema de educación no se da lugar a que los conocimientos adquiridos profundicen lo necesario. ¿Quieres detenerte? No puede ser. ¡Adelante! ¡Adelante! -No he comprendido bien, apenas me he formado idea de este pensamiento por una simple lectura-. ¡Adelante! Nuevo Judío-Errante, debes caminar sin descanso; atravesarás las Matemáticas, la Física, la Química, la Zoología, la Botánica, la Geografía de las cinco partes del mundo, dos Lenguas vivas, varias Literaturas, la Psicología, la Lógica, la Moral, la Metafísica, la Historia de los sistemas... ¡Adelante! marcha hacia la medianía y sal del Instituto de segunda enseñanza con la costumbre adquirida de verlo todo superficialmente y de juzgar por las apariencias...

"Esta vertiginosa carrera no se moderará en la Universidad, donde, por el contrario, aumenta su velocidad para muchos estudiantes". Estas palabras de Julio Payot, en su libro "La Educación de la Voluntad", parecen escritas para nuestra patria, en la que los Institutos, Escuelas Normales y Universidades parecen montados para consolidar en su primitivo estado a los tontos y volver locos y tísicos a los alumnos más pundonorosos y despiertos. ¡Qué batiburrillo de materias, qué de farragosos y caros libros, qué de numerosas clases, qué largura de programas, qué de discrepancias magisteriales, qué ir y venir de aquí para allá, de clase en clase, de libro en libro, de apunte en apunte, de programa en programa, libándolo todo y gulusmeándolo con la inestabilidad de la mosca y la vivacidad del azorado ratoncillo! Al pie de treinta exámenes sufre el mozo que cursa tres años del Magisterio; una bestia se carga con los libros que ha cursado un Bachiller; y un año se necesita para leer dos veces algunos textos de Medicina y Derecho. El alumno que salga sano y airoso de tales pruebas, bien puede dar gracias a Dios, que le ha dado salud y talento superabundantes; puesto que, después de haber abusado por tanto tiempo de uno y otro, ha llegado a ser una medianía, en vez de estar lisiado o haerse vuelto loco o tonto, lo cual es un consuelo; de lo que no se consolará es de ver el tiempo perdido en achicar su vida y acortar su talento.

## XII. La educación debe ser activa por parte del discípulo y del maestro

El educando no es un ser pasivo, como la cera que se funde, el barro que se modela, la tabla que se pinta o el vaso que se llena; es un ser activo con destino propio, que nadie más que él tiene que cumplir, y con facultades propias, que con ninguno otro puede permutar: al educador toca tomarle tal cual es, para perfeccionarle y ayudarle; pero de modo alguno puede reemplazarle ni ocupar su puesto. A Dios corresponde crear, a los padres engendrar, y a los maestros continuar la obra de los padres y respetar y completar la obra de Dios. Cultivar el talento, el corazón, la salud y demás dotes que Dios ha puesto en el sujeto, que para la luz brille, el bien crezca, la salud se afirme, las malas inclinaciones se contengan, las pasiones se dominen y las pocas o muchas facultades se desarrollen, he ahí la misión del que sabe educar.

Por eso se dice que el maestro es el *comadrón* del entendimiento (Sócrates), el *conductor* y *guía* del discípulo, un *despertador* de sus energías dormidas, un *cultivador* de sus dotes, y un *sembrador* de ideas sanas en tierra fecunda, un *obrero* inteligente y activo de la verdad y el bien,

que intenta hacer fructificar en las almas nacidas para ello, y para lograr esto, necesita condiciones poco comunes.

El pedagogo educador ha de ser hombre sano, hábil, celoso, discreto, prudente, equilibrado, cortés, afectuoso, intachable en su conducta, de inteligencia cultivada, gustos sencillos y nobles, modesto, conocedor del mundo, de los educandos y de los procedimientos pedagógicos, digno, en suma, del gran fin a que está llamado, que es formar hombres sanos, robustos, inteligentes y honrados. Si el educador está enfermo, o es inhábil, o abandonado, indiscreto, imprudente, desequilibrado, desatento y grosero, frío y apático, de conducta dudosa, de inteligencia inculta, aficionado a la ostentación o a gustos bajos, si no conoce el mundo ni sabe enseñarlo, si no observa a los alumnos ni acierta a dirigirlos, o ignora los mejores procedimientos para instruirlos y moralizarlos, si odia la compañía de los alumnos y procura perderlos de vista, etc., mal podrá contribuir a la obra más grande, difícil y delicada de la regeneración social por medio de la escuela.

¿Hombres así nacen formados o habrá que formarlos? ¿Bastará una oposición o un decreto para confiar discretamente la juventud a cualquier pedagogo así improvisado?

Sin maestros no hay escuelas y sin escuelas no hay maestros. He aquí un círculo del cual no puede salirse. Nuestros Gobiernos pretenden, sin embargo, tener maestros sin haberlos formado y formar escuelas con maestros improvisados.

Bien es verdad que lo que se busca no son educadores, sino instructores; no pedagogos, sino catedráticos; no intuitivos de la juventud, sino personas más o menos científicas encargadas de ir por una o más horas a un sitio denominado Universidad, Instituto o Escuela, donde concurren jóvenes matriculados para oír los discursos o conferencias que aquéllos pronuncian. Pasado ese rato, se retira cada cual a sus tiendas y no hay más contacto.

El maestro enseña, cultiva, a lo más, un ramo del saber; de los demás se desentiende. Hasta los maestros de escuela tienen humos de catedráticos, y ya se avergüenzan de ir a Misa y demás actos públicos con sus alumnos, o si lo hacen, es protestando de que nadie puede obligarlos a otra cosa que a dar su jornada de cinco horas dentro de la escuela, y, acabada la oficina, terminó el oficio.

Las ideas convencen, los ejemplos persuaden y conmueven; cuanto más cerca y por más tiempo esté el alumno junto al maestro, saldrá aquél mejor formado, siendo éste buen modelo. Si hay, pues, instituciones que, entendiendo así la educación, se imponen el sacrificio de asociarse al educando para ser a toda hora sus mentores, diremos que son dignas de aplauso, ya que no las imitemos. Si hay otras instituciones que tienen un organismo de maestros y carecen de cuerpo de educadores, diremos que no pueden llenar sino a medias su objeto.

El amigo forma amigos, el periódico partidarios, los conventos hacen frailes y los seminarios (que no tienen por regla general profesorado bien formado, garantido ni retribuido, porque en su mayoría son aprendices, y todos dependen de la voluntad del Obispo y perciben asignaciones mezquinas) saben, no obstante, imprimir su sello a los seminaristas, porque hay en ellos unidad y un cuerpo de educadores que forman a su imagen a los educandos. ¿Por qué las Universidades no aciertan a imprimir su sello a las hechuras de su fábrica? Quizá porque no hay unidad, ni continua y perseverante acción sobre el alumno, y porque se limita a formar ideas, no corazones: hay maestros, no hay educadores.

Aun en el orden de la inteligencia, al educador no le es dado poner talento donde no le hay, ni dar brillante imaginación al que es de carácter frío, ni suplir con su saber y estudio la falta de estudio y meditación del alumno y, al contrario, cuanto más trabaje él y menos el alumno, será tanto peor maestro.

No es, pues, mejor maestro el que más sabe, ni siquiera el que más intruye, sino el que mejor educa, esto es, el que tiene el raro don de hacer hombres dueños de sí y de sus facultades, el que asocia su trabajo al de los alumnos y les hace participar de las delicias de la paternidad de sus conocimientos, el que se baja y allana hasta los últimos, y los ayuda y levanta de modo que los pone a su altura, y hasta en disposición de recorrer por sí nuevos horizontes; no el que lleva sus alumnos sobre sí, como el camello, sino el que los conduce junto a sí, como el ayo, ese es el buen maestro.

Júzguese por esta doctrina del valor pedagógico de la enseñanza en que todo el gasto le hace el maestro y no el alumno; aquél habla, éste se aburre; aquél repasa y éste no estudia; el maestro cultiva la ciencia y no el discípulo; si aquél pregunta alguna vez, es para ver si el discípulo sabe repetir, no para que aprenda a saber y estudiar.

### XIII. *La educación debe ser sensible o estética*

Sensible quiere decir que abarque la parte sensible del educando y haga la enseñanza sensible y agradable, y fomente los sentimientos nobles del alma por el gusto de lo bello.

La actividad del educando es no sólo general, sino específica, se manifiesta entendiendo, queriendo y sintiendo, y así como no sería completa una educación que abandonara la inteligencia o la voluntad, tampoco lo será la que para nada se cuide del sentimiento: no es lícito mutilar al hombre. Dios, que es Verdad, Bondad y Belleza Suma, e hizo al hombre a su imagen y semejanza, puso en el alma tres facultades, que son como tres sentidos con los cuales perciba los tres resplandores de su esencia, y quiere que las tres se perfeccionen. Además de esto, de tal modo está hecho el hombre para la dicha y el placer, que instintiva o conscientemente le busca en todo, y ni la verdad ni la virtud tendrían sobre él suficiente ascendiente, sino se las presentaran coloreadas y animadas con los encantos de la belleza o con los estímulos del placer o el dolor. El hombre es un animal que siente, y hay que tomarle tal cual es, si se le quiere educar.

La sensibilidad física, o de los sentidos, produce las sensaciones, las cuales son como los gérmenes de los sentimientos, y unas y otros influyen en nuestras ideas y acciones, y a su vez deben ser dominados y dirigidos por una voluntad bien asesorada; todo lo cual quiere decir que para que la educación sea armónica y no desequilibrada, conviene educar la sensibilidad a la par de la inteligencia y la voluntad.

¿Cómo? He aquí la dificultad, porque es muy difícil medir la intensidad de las sensaciones, emociones y sentimientos, y son tantas y tantos que no hay lugar para enumerarlos siquiera en un trabajo de este género.

Bajo tres puntos de vista debemos considerar aquí la sensibilidad: en cuanto produce dicha, en cuanto favorece el orden intelectual, y en cuanto contribuye al orden moral.

Gozar de vida, salud, fuerza y desarrollo armónico de todas nuestras facultades; respirar una atmósfera sana en lugar limpio, alegre, tranquilo y apropiado; rodear de cuantos encantos se pueda los primeros años de la juventud, haciéndola gozar de los placeres inocentes de la naturaleza y del arte, y especialmente de los juegos y entretenimientos propios de su edad; es hacer en una dos obras buenas, porque se contribuye a su dicha presente y se establecen las bases de la futura.

Entra aquí la educación física, que tiene por objeto hacer que el cuerpo sea sano, fuerte, robusto, flexible, ágil, y hasta bello, ya considerándole como instrumento y morada del alma, ya como la obra más perfecta y maravillosa del mundo material. De aquí la necesidad e importancia de atender al desarrollo de todos y cada uno de sus órganos hasta el grado de perfección posible, armonizando este desarrollo con el de las facultades del alma; porque entre el cuerpo y el alma hay íntima unión y constante influencia, y así se observa que si predomina la actividad muscular, se aletargan las disposiciones superiores, y si se atiende sólo al desarrollo del espíritu, viene la endeblesz corporal, la enfermedad. Para que el espíritu tenga en el cuerpo un instrumento sano y útil, es menester atender al cultivo armónico de uno y otro; si no se perderán ambos, o estarán imperfectamente servidos. De aquí el ejercicio alternado de las facultades físicas y anímicas y la necesidad de ahorrar fuerzas para gastarlas en el duro trabajo escolar.

"Mientras digieras no estudies, mientras estudies no comas. --Tras el trabajo el descanso, tras el descanso el trabajo--. Sin mesa, sueño y recreo, no hay cerebro, y si de ellos se abusa, mucho menos. Vela que arde a la vez por dos cabos pronto se acaba", y otros muchos aforismos indican la necesidad de atender al cuerpo y alma para que no venga el desequilibrio y la muerte.

Supongamos ahora un país donde las escuelas, sumergidas entre altas casas, fueran pequeñas, tristes, oscuras e insanas, sin patios ni jardines para desahogo y recreo de los escolares, ni más que un cuarto o sala donde se dan las clases y están seis horas los niños, que son alegres y bulliciosos como los pajarillos, condenados al silencio e inmovilidad de figuritas de cera y más cohibidos que los presos de una cárcel; supongamos que en sus caras pálidas y macilentas se lee por el ojo menos experto la anemia producida, no por falta de alimento, que algunos son ricos, sino por la intoxicación de un aire impuro y sin sol y por la enervación de una quietud tanto más violenta cuanto la sangre les pide chillar, correr en plena libertad y gastar el exceso de vida, travesura y alegría en juegos arriesgados y vertiginosos movimientos; estos niños, ¿no tomarían antipatía a la escuela, a la enseñanza y al maestro? Si conocieran el mal que se les causa, ¿no aborrecerían la escuela con toda su alma?

Trasladémonos de la escuela de niños, que no saben quejarse, a la Normal, donde se forman los maestros y hay una escuela agregada, para que puedan aprender a enseñar aquéllos. ¿Hay allí espacioso local, gusto artístico, dibujo o música, algo que anime esos centros e infunda en los futuros pedagogos el gusto de lo bello? *Suele* allí haber, como en la Universidad e Instituto, muchas letras, explicaciones verbales, intelectualismo puro, considerando a los estudiantes, de gramático arriba, como viejos cargados de años, desengaños y libros, tan sosegados, juiciosos y enamorados del estudio que no hay necesidad de hermosearlo ni suspenderlo con esparcimientos académicos. Harto juegan cuando no están en clase...

La educación sensible favorece el orden intelectual.

La sensibilidad, que es la puerta para llegar a la sala del entendimiento, y el deseo de aprender, que, logrado, produce en el alma un delicado sentimiento de placer, se utilizarán por todo maestro conocedor de los resortes de la enseñanza para lograr la atención y la afición del alumno al estudio. Sabiendo el maestro que de lo sensible se va a lo suprasensible y de lo individual y concreto se pasa a lo general y abstracto, utilizará en la enseñanza, cuando le sea posible, la intuición, y llevará como por la mano de hecho en hecho y de inducción en inducción a encontrar la identidad en la variedad, esto es, el hilo que ata los hechos singulares con el lazo de lo general y abstracto, sin cuya uidad no hay ciencia. La curiosidad del educando, excitada, sostenida y dirigida con habilidad por el maestro será el medio de lograr la atención, y el resultado de aprender o descubrir una verdad que antes no sabía, producirá en el alumno un exquisito sentimiento de placer intelectual.

El placer de la actividad, que no es sino la espontaneidad natural puesta en acción, es un recurso para la educación, pues, bien dirigida por el maestro, ya por la claridad con que expone la verdad, ya por el diálogo con que sostiene la atención, ya por el misterio de la curiosidad de que sabe revestir sus explicaciones, ya por las utilidades y aplicaciones prácticas que de ellas deduce, ya por los encantos y colorido que les da la imaginación, consigue que aquella actividad tenga un objetivo y halle un placer en su propio desarrollo y satisfacción. El estudio es trabajo duro y penoso, y cuanto tienda a facilitarle y hacerle agradable es de tomar en cuenta por el educador.

Para ver esto más de relieve, digamos algo de la imaginación, que es la facultad que tiene el alma de reproducir y crear imágenes de cosas sensibles como si las tuviera presentes. Tanto la imaginación que reproduce lo pasado, como la que inventa lo porvenir y aun lo que nunca vendrá, tiene grande influencia en la educación, por los bienes o males que puede producir, singularmente en la juventud. La imaginación anima la vida, resucita el pasado, colorea el porvenir, enciende el corazón, promueve el entusiasmo, hace al artista, da a la ciencia las hipótesis, al guerrero los planes y al genio sus alas. pero si es mal dirigida, nubla la razón, conmueve las pasiones, trastorna a individuos y pueblos y produce la infelicidad de sueños irrealizables, el disgusto de la realidad y, a veces, la locura, la destrucción y la muerte.

¡Cuántos maestros ha habido que trastornaron el cerebro de la juventud, convirtiendo la cátedra en tribuna, las hipótesis en verdades y científicas demostraciones, coloreando la falta de saber con excesos imaginarios, o disfrazando sus odios sectarios con pintura sde amor científico y humanitario! ¡Cuántos que, por agradar a la imaginación, disolvieron la ciencia en pirotecnia de frases poéticas, y cuántos que por carecer de imaginación causaron el tedio y aridez en sus cátedras! ¿Qué remedio para estos y otros males? El cultivo de la razón y del deber como soberanos, el auxilio de la imaginación como súbdita del juicio, y no suelta, cual si fuera una loca de la casa; el cultivo de ésta mediante la lectura de buenos libros, el estudio de buenos modelos y la práctica de las bellas artes, y ojalá que tuvieran los escolares museos, jardines, juegos, representaciones, cantos, dibujo, composiciones y expediciones, donde la imaginación se espaciara sin peligro y se adoctrinara y afinara en la buena crianza. Habría entonces más alegría y menos tedios y enfermedades, más gusto en las escuelas y menos en garitos y otros lugares de perdición.

Maestros y discípulos debieran compenetrarse, reprimir toda exageración emocional y favorecer, por la imaginación bien ordenada, la mejor concepción intelectual y el equilibrio y subordinación de las facultades según su relativa importancia, y así harían un bien de gran trascendencia social.

La sensibilidad es también poderoso medio de disciplina escolar, sin la cual no hay enseñanza ni educación. El amor, la emulación y el temor son los sentimientos que utilizará el maestro para triunfar de la pereza, disipación, tedio al trabajo y tendencia a la rebelión. El amor tendrá dos caras, una dulce y agradable, como de padre para con hijos que merecen las

manifestaciones de un prudente cariño, y otra fría, severa, imponente, como de juez para con los que merecen castigo o están en vías de merecerle. La emulación que nace de la propia dignidad y aspira a adquirir las virtudes y méritos que ve en otro, es de alabar, porque fomenta la actividad y ahorra castigos; si degenera en envidia o venganza, es perjudicial. El temor de desagradar al padre o maestro, el de perder un puesto, o ser sorprendido y vituperado y otros castigos, es saludable; la privación del alimento superfluo y el aislamiento es a veces conveniente; y hay naturalezas inferiores y ciertos casos en los que ahora y siempre se ha aplicado algún castigo corporal, que ojalá nunca fuera necesario.

La sensibilidad se manifiesta además en forma de sentimientos morales, que son la base de toda buena conducta. La conciencia siente bienestar y placer en las acciones buenas, y pena, disgusto o remordimiento por las malas; en fomentar por todos los medios ese disgusto o repugnancia a todo lo malo, y esa afición y gusto por todo lo bueno, consiste la educación, que padres, maestros, Iglesia, Estado y Sociedad contribuyen a formar por distintos medios.

Esto nos lleva a la educación de la voluntad.

#### XIV. *La educación debe ser moral*

Así como la inteligencia ha sido hecha para la verdad, la voluntad ha sido formada para el bien; pero si cuesta mucho aprender muy poco, aún cuesta más el querer y practicar constantemente el deber. De aquí la necesidad de educar al joven para hombre de bien.

Esta educación es tanto más necesaria cuanto importa más la virtud que el vicio, valen más los buenos que los sabios, e interesa más hacer hombres honrados que científicos, ya que el sabio sin moralidad es instrumento peligroso. Hasta para el estudio sirve más la virtud que el talento, puesto que el aplicado se sobrepone al ingenioso.

Si toda escuela enmudeciera, la ignorancia crecería por sí misma; si estando abierta enmudece para lo que es piedad y virtud, la inmoralidad se extenderá junto al saber sin esfuerzo, y habrá en las escuelas tanta o más indiferencia y concupiscencia que ciencia. Pascal ha escrito: "A medida que se tiene más inteligencia las pasiones son más grandes", y la experiencia nos dice que en los grandes centros, la civilización es la medida de la corrupción. Y decimos: ¿para qué sirve una ilustración que no mejora, una civilización que empeora?

Media vara más abajo de cada frente hay un corazón; aquélla se cultiva, éste se abandona, especialmente por la enseñanza oficial media y superior; y resulta de aquí un desequilibrio entre la inteligencia y la voluntad, un desorden esencial y fundamental de la educación, que es imposible obtener sin disciplinar la voluntad ni domar las pasiones, las cuales, ganando el corazón, trastornan cabeza y voluntad "*Del corazón salen los malos pensamientos*, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias, que es lo que mancha al hombre" (S. Mateo XV), y por el hombre la Sociedad.

Por carecer la educación de corazón carece de encantos la instrucción, y es ridículo entusiasmarse por ella, aún siendo verdad. ¿Qué será si el intelectualismo degenera en puro verbalismo? He ahí la calamidad en boga; quien charla sabe, quien parla gobierna, quien fabrica retóricos sabe enseñar, hacer discursos es ser un hombre, y con tanto hombre como sabe discursar y escribir, cunde la anemia intelectual y social que es una pena.

Todo en el Estado moderno está montado para la cultura de la inteligencia, y la Escuela misma, hija de él, está hecha solamente para el talento. Buscar el talento, estimular el talento; cultivar el talento, premiar el talento, he ahí lo que saben hacer los profesores de *más talento*. ¿Y el corazón y la ciencia difícilísima de querer y obrar el bien? Acerca de esto hay teorías muy peregrinas en boga.

Para la Pedagogía usual del Estado, el gran Maestro de nuestros tiempos, son indiscutibles estos axiomas: las ideas paren virtudes; el crimen es hijo de la ignorancia; donde se abre una escuela se cierra un presidio; hagamos hombres ilustrados y tendremos hombres honrados; dejemos en amplia libertad a maestros y alumnos, que la libertad es el progreso; sin libertad no hay dignidad, y la libertad es como la danza de Aquiles, cura los males que causa; cada alumno es todo un hombre y hay que dejarle obrar con plena libertad; si no, carecería de mérito".

De estas infantiles preocupaciones adolecen aún muchos candorosos maestros. A partir de tan alegres teorías e infantiles asertos, lo que importa es instruir, y el que más instruye más sana; en alumbrando la cabeza, el corazón puede dejarse a sus anchas; humanidad ilustrada, humanidad redimida. La escuela moderna cumple, pues, con su destino; el doctismo del Estado es digno de aplauso..."

Mas he aquí que, a medida de las escuelas crecen los presidios y las inmoralidades, y nada temen más las madres, después del cuartel, que los centros a donde se ven precisadas a enviar a los hijos del alma en busca de enseñanza.

¿Qué tiene que ver, dirá alguno, la enseñanza con tales temores y abusos de libertad? Mucho más de lo que suele creerse. Hay ocasiones en que el libro y el maestro enseñan la incredulidad, impugnando la fe, o riéndose de las prácticas religiosas inculcadas por las madres; en tales casos la enseñanza es cátedra de impiedad. Hay otros, y son los más, en que la indiferencia religiosa es la base de la enseñanza oficial, en la cual toda doctrina tiene campo abierto y de la cual toda práctica piadosa se halla desterrada; este ejemplo habitual hace gran mella en el alma del alumno, por lo mismo que es diario y procede a la callada.

En todo caso, en los centros de enseñanza oficial se respira una atmósfera de independencia tal que ni el maestro reconoce, de él arriba, potestad doctrinal alguna, ni el alumno tiene que dar cuenta a nadie de sus actos fuera de la escuela. Universidad, Instituto y Escuela Normal consideran a sus adolescentes alumnos como hombres formados y cabales, muy capaces de vivir sin tutor, y los abandonan a su propia inexperiencia y pasiones sin guía ni vigilancia ni freno alguno.

El resultado es que la mayoría vuelven a sus casas mucho menos hombres de lo que salieron.

La Pedagogía usual consiste en tomar al joven por viejo, y, a partir de éste viceversa, se le deja en la más amplia libertad, ignorando que el saber ser libre es lo más tardío, difícil y costoso; y convertir la libertad en licencia lo más fácil y frecuente: y esto es lo que se está haciendo, la libertad está siempre en los labios, y el libertinismo en las obras.

Mientras el hombre sea hombre se verá solicitado por estímulos y objetos encontrados, y mientras el joven no esté bien formado y habituado a la virtud, triunfará de él el pecado. Esta es una verdad de fe y de experiencia: las ideas del deber en frente de los objetos de las pasiones, salen derrotadas. Vemos, como dice San Pablo, lo bueno y lo aprobamos, y hacemos lo malo.

Cuando por influjo de preocupaciones reinantes se proclama la libertad igual para el mal que para el bien, confundiendo el libre arbitrio de hacer o no hacer con la libertad moral de hacer lo que se debe, se afirma un error de suma trascendencia pedagógica. Si el hombre es tan bueno que, entregado a sí, se basta para practicar el bien, ¿a qué limitarle su libertad con desconfianzas injusticiadas? Nace educado para el bien y no abusará de la libertad. Mas ¡ay! es todo lo contrario; cuesta muchísimo ser bueno.

Para educar la voluntad de la colectividad es necesario arrinconar, por inservible y nocivo, el error que confunde el arbitrio con la libertad. Es indudable que somos libres en cuanto podemos querer y obrar el bien y el mal, pero no es ésa la libertad moral, es decir, la de querer y hacer lo que debemos, ésta la poseen muy pocos y afortunados hombres; todos creen ser libres, y bajo esta creencia, casi ninguno trabaja para hacerse dueño de sus actos, para ser real y verdaderamente libre y no esclavo de pasiones y vicios.

Si por una parte falta un ideal fijo para la educación moral, y por otra se deja ineducada la voluntad, ¿qué unidad puede haber en el triste educando? ¿No será víctima de la más desoladora anarquía? Sus pasiones, sus caprichos, los objetos caducos, las inclinaciones y ciegos instintos se repartirán la vida de este desgraciado, quien, sin norte, piloto ni brújula, navegando en la edad de las tormentas por el mar de los escándalos, irá a un naufragio seguro. ¿De qué le servirá ser estudiante? Mas le valiera no haber nacido.

Supuesto que con la instrucción se ha de dar a la juventud escolar educación moral, se pregunta: ¿quién fijará la ley del deber, por quién se inculcará y cómo? ¿No sería mejor dejar esta enseñanza para la familia y la Iglesia?

En país católico es fácil y clara la respuesta. Dios ha fijado la ley de la moral en los Mandamientos; Jesucristo la ha confirmado y ampliado con sus consejos; la Iglesia ha recibido misión de interpretarla y explicarla a los hombres y pueblos. Ya sabemos, pues, quién es el legislador, la ley y el juez llamado a interpretarla. Mas ¿quién deberá enseñarla? Además de la Iglesia, y bajo su vigilancia, todos tenemos obligación de enseñarla con el buen ejemplo, y los padres y maestros tienen además el deber positivo de inculcarla a sus hijos y discípulos, como parte que es de la educación, y la más necesaria e importante por cierto.

¿Y cómo se dará? Empírica y didácticamente. Hay quien piensa que haciendo aprender el Catecismo de memoria ya ha cumplido con esta enseñanza en la escuela primaria, y que, logrando se dé un texto en la segunda enseñanza (Institutos y Normales), ya son éstos religiosos. Bueno es eso, pero no basta.

Para la educación moral no basta instruir, se necesita inculcar, persuadir, mover, obrar, formar conciencia y buenos hábitos, y para esto es menester disciplinar las pasiones, dirigir los instintos, interesar el sentimiento, marchar delante, inspirar el amor a la virtud haciéndola simpática e interesante; se necesita que padres y maestros sean no sólo instructores, sino verdaderos misioneros y apóstoles de sus casas y escuelas; aprovecharán todas las ocasiones y casos que vean los niños; traerán otros de lejos, del Evangelio o la Historia; utilizarán la parábola, la fábula y el cuento; harán converger sin violencia hacia el fin moral toda otra enseñanza; sentirán y harán lo que dicen, y el mejor discurso será el buen ejemplo. ¿Educan así las Escuelas Normales a sus maestros? En caso negativo, no esperemos que éstos sean educadores; nadie da lo que no tiene; contentémonos con que no escandalicen, y éste es el máximo de lo que hoy se pide a los maestros de estudios superiores, que no deseduquen a sus alumnos con doctrinas de perdición y malos ejemplos; pero a esto estamos obligados todos, y si no hacen más, ¿para qué sirven en el orden moral los maestros? ¿Volveremos al error de que tanto moralizan instruyendo? No; es necesario educar a la vez inteligencia, voluntad y sentimiento. La inteligencia piensa, discurre, calcula y propone; el corazón siente, adivina, espera y manda; unir inteligencia y corazón es la misión de toda educación que aspire a ser racional y práctica. Con sola inteligencia no se hace nada; con solo corazón se pueden hacer grandes desatinos; uniendo ambas cosas, ni el saber será estéril, ni el obrar será indiscreto. Y puesto que un corazón hermoso vale por cien inteligencias grandes, aspiremos sobre todo a formar corazones sanos, y sean buenos y santos nuestros alumnos, tengan o no aptitudes para sabios. La virtud es para todos, la ciencia de muy pocos, y aun de éstos, si no son buenos, hay que decir con Cervantes: "letras sin virtud son perlas en muladar".

#### XV. La educación tiende a formar caracteres

De lo dicho acerca de la unidad, integridad y continuidad de la acción educadora sobre todas y cada una de las facultades del niño desde la cuna hasta la edad perfecta, y de la subordinación que todos los medios guardan con el objeto final, que es hacer hombres cabales y perfectos, se deduce que lo que la educación intenta es formar verdaderos y dignos caracteres; es decir, hombres bien orientados hacia fines nobles, que persiguen constantemente, y a los cuales ordenan todas sus energías y subordinan intereses y pasiones.

Estos hombres, que parecen hechos de una sola pieza por la sencillez y unidad de su vida, son siempre consecuentes e idénticos a sí mismos, tienen el dominio de sí, que es la más gloriosa de las conquistas, vencen todas las dificultades y reinan sin cetro ni corona sobre las gentes que los rodean. De ellos se ha escrito "querer es poder", porque tienen ideas fijas, voluntad constante, sentimientos nobles y acción ordenada hacia un fin grande, y las ideas, voliciones y costumbres, fundidas en un mismo molde al calor del sentimiento, dan por resultado esa grandeza oral y colosal poder que todo lo allana. Con razón se ha dicho que el mundo es de los caracteres, y que el carácter es la fisonomía moral del hombre, fisonomía tan bien dibujada por los rasgos de sus obras que con nadie permite confundirlo, porque revelan toda una persona. Importa, pues, formar caracteres; ¿mas cómo?

Hay quien opina que el carácter es condición innata e inmutable y, bueno o malo, inmodificable. Kant, Schopenhauer y Spencer sostienen este error, que, admitido, llevaría al fatalismo. Hay otros que, tomando el libre albedrío por la libertad moral, sostienen la alegre teoría de que el carácter es hijo del mero querer, sin que para ello haya necesidad de otro trabajo ni esfuerzo que un *fiat* de la voluntad; como si la conquista de su propia libertad no fuera la cosa más difícil y rara del mundo. Estos hacen creer a la vanidosa juventud que todos tienen carácter, puesto que todos pueden querer, y querer es poder, y así no trabajan por conquistar el dominio de sí mismos, y son maniqués algo conscientes movidos acá y allá por sus pasiones y las circunstancias, a las cuales no saben sustraerse. De estos esclavos que se creen libres, de estos monigotes que se tienen por hombres, está lleno el mundo.

Los santos creen con fe viva, esperan con esperanza firme, aman con amor sobresaliente a Dios, a quien constantemente aspiran; observan la ley divina con exactitud, meditan, discuten su conciencia, huyen las ocasiones de pecar, están siempre sobre sí, luchan a brazo partido con las pasiones, aunque las tengan domadas, oran y emplean otros medios divinos y humanos para conquistarse a sí mismos, y con trabajo llegan a ser imágenes de Cristo, caracteres formados según este modelo de los hombres de carácter. ¿Y pensamos nosotros lograr de balde esa constancia en la bondad, que tanto vale como cuesta? Esta opinión es pueril y funesta.

El carácter es la resultante de una porción de concausas dominadas y dirigidas a un fin por el señorío de la voluntad enérgica, que, perseverando en las acciones chicas o grandes, engendra la fisonomía moral del hombre. Para que la voluntad quiera con constancia y obre lo que debe necesita ver claro (con el ojo de la razón o la fe), sentir hondo y amar con pasión el noble fin a que aspira; necesita educarse a sí misma en ejercicios laboriosos y diarios, que le den fuerzas y hábitos de bien obrar; necesita vencer uno a uno a sus muchos enemigos (pereza, lujuria, gula, ira, envidia, orgullo, avaricia, ignorancia, errores corrientes, escándalos, respetos humanos, egoísmo, etc.); necesita para esto aliarse con todas las fuerzas amigas (sentimientos nobles, pasiones dignas, intereses legítimos), y (por qué no decirlo) hasta con la sanción de premios y penas, con todo lo que conduzca a ayudarla a ser buena; necesita, sobre todo, el ejemplo de buenos modelos: los caracteres los forman los caracteres.

Y aquí de nuestro tema. El educando, que es un carácter en esperanza, como si dijéramos, en estado constituyente, si antes de estar formado o constituido lo deforman con sistemas y contrasistemas, afirmaciones y negaciones, actos de fe y dudas heréticas, dogmatismos aquí y críticas demoleadoras allá que le hacen titubear y dudar de todo, ¿podrá llegar nunca a constituirse? Para obrar con energía se necesita ver con claridad y amar con pasión, y el que duda, ni ve, ni ama, ni obra por propio impulso; es arista que lleva el viento del interés y de la pasión, no es ideal que aspire a realizarse. Donde no hay unidad de disciplina no se forman dos caracteres.

Este siglo móvil, periodista, novelero, revolucionario, retórico, parlamentario y discutidor no puede dar de sí abundancia de caracteres, y menos aún entre las clases llamadas ilustradas, porque salen *mareadas* de la enseñanza con la muchedumbre de asignaturas, que produce superficialidad, y con la oposición de criterios, de que nace la duda.

También le falta la orientación hacia fines elevados, por la ausencia de una educación religiosa y moral intencionada y constante, y por las miras interesadas y egoístas que suelen acompañar a las carreras, convertidas hoy en oficio, pues son seguidas como medio de ganarse el pan más bien que por amor al saber. Contribuyen a enervar los caracteres, la mollicie y la indolencia, el lujo y la vanidad, la política y la prensa, más la ausencia de un riguroso método y sistema concluido de educación intelectual, capaz de disciplinar las inteligencias y producir en ellas el carácter científico de todos los conocimientos.

El hecho es que salen de las aulas muchos jóvenes *aprovechados* con miras de viejo y pocos hombres formados para la vida del pensamiento y de la abnegación. Nuestros abuelos formaban más hombres que nosotros; sabiendo menos, aprovechaban más; y es que su educación tenía unidad y perseverancia, había en ella fijeza en los principios y conformidad en los procedimientos.

El compadrazgo, el apadrinamiento del parentesco o la política entran por mucho en las miras de nuestros jóvenes viejos; leyes, nombramientos, castigos y premios, todo es hijo, para ellos, no de la justicia, sino del interés de bando o de familia, y consecuentes con estas miras, se afilian a una pandilla antes de saber el alcance político de los partidos, y pensando que el mundo no es de los que estudian, sino de los que hablan y se agitan, ponen más empeño en ser retóricos y flexibles que en ser pensadores, estudiosos y rectos.

Y aquella serena majestad del deber que hace del hombre justo un ser impávido, sin miedo a nadie más que a Dios y a su conciencia, que, inflexible, ni cruel, ni débil, castiga y perdona sin miedos ni miras egoístas, sólo por amor al bien, ¿dónde encontrará inteligencias y caracteres que vean y ejecuten sus mandatos? ¿Dónde está la constancia, que es la forma más rara del valor y la nota más saliente del carácter? ¿Dónde la consecuencia? ¿Será quizá en esa plaga de retóricos y pretendientes que producen nuestras Universidades y se agitan en redacciones, urnas y parlamentos? La sociedad, cansada de palabras, pide hechos; hastiada de oradores, pide caracteres; ¿quién se los dará? Yo no sé quién se los dará; pero sí sé quién debiera dárselos.

## XVI. La educación debe ser religiosa

Así como el hombre se define "animal racional", se puede definir también "animal teológico", porque en todos los climas y tiempos, y desde la cuna al sepulcro, aspira a fines religiosos. Sí, pues, la educación perfecciona al hombre, a *todo el hombre*, tal cual es por naturaleza y destino, o debe ser religiosa o no puede decirse *integral*. Y como el sentimiento religioso, que, con las ideas y deberes, forma la conciencia del hombre, dura toda la vida y debe

recibir un cultivo proporcionado a los distintos grados del educando, la educación religiosa, que comienza en el regazo de la madre, no debe interrumpirse jamás, sino desarrollarse y ampliarse a medida de las demás fuerzas; de otro modo, el niño  *cambiará de naturaleza*  con los años o las escuelas, dejando de ser hijo de Dios ante el maestro, en cuanto llegue a los doce o trece años y entre en la segunda enseñanza o en la superior. Y de este modo resultará que, debiendo se la educación  *integral, continua y gradual en todo* , habrá que establecer una excepción absurda en el orden religioso.

Parecidos argumentos, acerca del fondo o la forma, pueden formularse examinando con relación a este punto todas las otras condiciones que hemos dicho debe tener la educación, de ser  *progresiva, tradicional, orgánica y armónica, activa, sensible, estética, moral y propia para formar honrados y nobles caracteres* . Fijémonos en una de estas propiedades, en la unidad de la educación por su destino final.

Sentada la unidad de la educación por razón del fin, que no el hombre, sino Dios ha establecido, síguese de aquí la necesidad de que sea aquélla religiosa, puesto que los medios han de guardar proporción con los fines, y la educación es un medio que dirige el hombre a su destino temporal y eterno. Así lo entienden las madres, que saben amar; así la Iglesia, madre de las almas; así los grandes educadores de la humanidad, que han sabido amarla con amor de madres. "¿Qué aprovecha al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?" (Jesucristo, Mateo 16). ¿Habrá algún bien que pueda compensar la pérdida de Dios? Si la eternidad no es nuestro destino, ¿para qué sirve una vida llena de amarguras? Si hemos nacido para algo más que animales terrestres un tanto industriosos y cultos, ¿merece el nombre de educación la que se da sin religión? Es necesaria otra vida para poder explicar y reparar los misterios o injusticias de la presente; y una de dos: o la anarquía es honrada, o la impiedad, que lógicamente la produce, es un crimen. Cualquiera, sin ser héroe, sacrifica en aras de un ídolo, individual o social, un bien tan efímero, y a veces insoportable, como es la vida presente, que carece de toda esperanza en el porvenir. Quitado Dios del horizonte de la vida pública y privada, queda el hombre enfrente del hombre,  *et homo homini lupus* . El gran crimen del siglo no es la anarquía, sino la educación políticosocial en la libertad de la impiedad, que goza de derecho y es la  *madre honrada*  del criminal anarquismo. La gran  *tontería*  del siglo es haber señalado como ideal una libertad sin criterio, dentro de la cual caben las ideas que matan y no caben los ideólogos prácticos que asesinan; se proclama la absoluta libertad de pensamiento para enseñar, escribir, propagar errores y desatinos, y se castiga a los discípulos aprovechados y  *lógicos*  que ponen en práctica la libertad de acción por aquellos maestros enseñada; lo cual es absurdo e inicuo.

Si queremos, pues, educar, entremos por el camino de la honradez lógica, y, abandonando las sabias contradicciones entre la libertad de nuestros pensamientos y la coacción de nuestras acciones, volvamos al buen sentido práctico, y, reanundando la tradición histórica de la humanidad cristiana, salvemos a la sociedad educándola en el santo temor de Dios, ya que por culpa de todos se halla al borde del abismo.

Supuesta la necesidad de la educación religiosa, resta preguntar cómo y por quién se dará. Se dará de modo que eduque y por todo el que eduque.  *De modo que eduque* , porque si no sería un engaño; ha de darse, no con meras palabras y libros, sino con ejemplos y prácticas, intuitiva, real y efectivamente, enseñando, inspirando, amando y practicando los deberes religiosos con todos sus detalles; y no por accidente casual, sino como norma de la vida; de otro modo resultaría una mera palabrería o mera pirotecnia de frases a lo divino enteramente inútil para la vida práctica.

La educación religiosa se dará  *por todo el que eduque* , pues todo maestro está obligado a respetar la imagen de Dios impresa en el alma del alumno, y a continuar en su esfera la obra de los padres y secundar en su puesto los planes de la Providencia. Y quien para esto no valga, retírese de la enseñanza; que no hay puesto ni ciencia que valga lo que la salvación de las almas.

Pedagogos hay que positivamente destruyen la obra de Dios y de los padres hablando y obrando contra la religión, mas éstos son pocos. Otros hay que no hablan en pro ni en contra, sino que  *prescinden*  de toda educación en la religión; éstos son muchos. Y hay otros, finalmente, que enseñan ciertas ideas generales, como la existencia de Dios y su providencia, y no descenden a más detalles; éstos son los diletantes o pisaverdes de la educación; que dicen ha de ser  *siempre intuitiva y práctica*  en todo... menos en religión...

*XVII. La educación, por lo mismo que es religiosa, debe ser libre con la libertad de que Dios nos dotó*

Entre todos los abusos del que manda no hay uno que iguale al del maestro que tiene la audacia de faltar a sus deberes de educador de la inexperta juventud, perturbando su conciencia al amparo de la cátedra.

Dirá alguno: ¿y la santidad de la ciencia?, ¿y la inviolabilidad de la cátedra? Son palabras y nada más que palabras. Si fueran hechos justos, la santidad de la Religión y la inviolabilidad de la ciencia serían meras palabras. ¿O es que la ciencia admite derechos contra derechos? Entonces habrá que convenir en que científico y tonto son palabras sinónimas, pues para el buen sentido la contradicción no es ciencia, sino falta de lógica y de sentido común.

Y si las ideas científicas del profesor están en contradicción con las creencias religiosas del alumno, ¿cuáles deberán prevalecer? En España este caso no puede darse sin pasar por encima de la Constitución, ni en parte alguna debiera darse, porque maestro y educador son lo mismo, y la primera condición de la educación es la unidad, y si en lo fundamental hay divergencia entre los agentes principales, que son el alumno, los padres, la religión y el maestro, la educación no se consigue. Los maestros que pretenden el derecho de perturbar la conciencia de sus alumnos por la enseñanza se expiden a sí mismos patente de incapacidad para educadores.

Supongamos que hay maestros para quienes ni la Constitución ni la Pedagogía son respetables y pretenden, no obstante, ser respetados en sus cátedras, desde las cuales emiten ideas que están en oposición con las creencias de los alumnos, ¿cuáles deben prevalecer, los maestros o los alumnos?

Los alumnos, porque tienen, ante todo y por encima de todo, el derecho a salvarse, derecho divino natural, sagrado e inviolable, hasta para los catedráticos: los alumnos, porque representan en la cátedra los sacrosantos derechos de la familia, que quiere a sus hijos piadosos y no incrédulos; y, aunque pese a algún sultán de las inteligencias, es evidente que los hijos son *de* sus padres antes que de los catedráticos: los alumnos, que son hombres de conciencia, tan dignos de respeto y más que los maestros, porque son seres inermes e inexpertos, a quienes, abusando de su superioridad intelectual, cualquier profesor, por torpe e inepto que sea, puede robar la fe y la conciencia con hechos falsos y sofismas científicos: los alumnos, que, siendo cristianos, personifican y representan los derechos de la santa Iglesia, su Madre infalible, tan digna de respeto, y un poco más, que los más conspicuos maestros.

Y si la Iglesia se equivoca, ¿no podrá enmendarla la ciencia? Quien tal pregunta formula, revela candorosa ignorancia. Ni la Iglesia ni la ciencia se equivocan como tales, en cosa de monta, ni pueden en tal sentido ser rivales, sino amigas que se ayudan y se apoyan. Lo que hay es que la ignorancia, la vanidad, la ligereza, la superstición, el odio y otras miserias de la triste humanidad se disfrazan de religión o ciencia, y atribuyen a lo que ignoran sus propios errores y miserias. Si fuera verdadera esta proposición: "el catedrático es la ciencia", nada habría seguro en el mundo, porque no ha habido disparate que no le haya sostenido algún maestro.

Después de la inmensa lista de quiebras científica (errores con disfraz de ciencia), como la Iglesia ha condenado a través de los siglos, lo menos que puede exigirse de quien sabe algo de la historia de las ideas es que reconozca el gran respeto que merece ante la ciencia la institución docente que ha confundido a tantos doctores, y el descrédito científico de quien contra ella se levante en nombre de la ciencia. Esta es una verdad de experiencia histórica.

Ante el pretencioso catedrático que se yergue diciendo: "Yo soy la ciencia y en su nombre combato la Religión en las almas de mis alumnos", se levanta majestuosa la Iglesia y dice: "Yo soy la Religión, la Educadora de la humanidad en ese punto; condeno tus errores, que son extravíos anticientíficos, y tus invasiones en la conciencia de mis hijos, que valen más que tu ciencia".

La Pedagogía, que es ciencia de educación y buen sentido práctico, ¿de parte de quién se pondrá?

Supongamos ahora que los hombres del poder en un Estado cristiano no quieren garantizar los derechos naturales y divinos de los alumnos, de los padres y de la Iglesia, sino, al contrario, volcando la constitución y riéndose de lo pactado y de la unidad de la educación nacional, admiten y sostienen en las aulas lo mismo a profesores heterodoxos que a los católicos; ¿qué juicio formaremos? ¿Qué conducta seguiremos?

El juicio, si no falta la honradez lógica, ha de ser poco favorable.

Diremos que un poder que no cabe en la justicia no es poder, sino fuerza; diremos que un gobierno que falta al respeto debido a la conciencia de niños y adolescentes, sosteniendo un ejército asalariado de maestros con facultad de pervertir sus almas, es una inhumanidad; diremos que obligar a los hijos de cristianos, directa o indirectamente, a asistir a las clases y obtener notas y títulos de maestros anticristianos es la más odiosa de las tiranías, contra la cual debe protestar todo hombre honrado; diremos que un Estado que así entiende la libertad debe retirarse de la enseñanza, ya que para educador no sirve.

¿Y qué hremos? Vindicar por todos los medios posibles los derechos ultrajados de la conciencia cristiana, que no por ser de conciencia dejan de ser *derechos exigibles*, y pedir y organizar para ella instituciones de educación a cuyo amparo esa conciencia esté garantizada y salga formada. Es lo menos que puede conceder el Estado liberal a una sociedad cristiana, la libertad académica, o facultad libre para que los padres eduquen a sus hijos en los establecimientos que les inspiren más confianza. En el momento en que el Estado dice: "Yo no respondo de la religión en mis casas de enseñanza", los padres y escolares tienen derecho a la libertad de elegir otras casas que *respondan*.

De otro modo, habría que convenir en que la libertad se ha hecho para los catedráticos y para nadie más, para que gocen de ella los maestros del Estado a costa de los alumnos, familias y pueblos cristianos, que tienen que pagarlos, oírlos y aguantarlos, aunque sean enemigos declarados de sus almas. Y si esto es libertad, ¿en qué se diferencia de la iniquidad?

El campo de la libertad no es ilimitado: ningún poder ni maestro la tienen absoluta, y cuando a éstos se les dice: "vuestra libertad no tiene otros límites que la discreción", se dice a los alumnos y súbditos: "vuestrós derechos no tienen otra garantía que la arbitrariedad del que enseña o manda". ¡Qué ruin libertad y qué mezquino derecho!

Hay, pues, necesidad, en materia de enseñanza, de acortar y alargar, de quitar licencia y dar libertad, de limitar la llamada libertad de enseñanza del maestro y de ampliar lo que llamamos libertad académica o de elección de escuela, método y maestro, y lo que es necesario se impone por sí mismo. *¿Cómo? Hoc opus, hic labor.*

Es urgente, por más de un motivo, pasar del abuso doctrinal al justo medio, del pensamiento libre al respeto del derecho ajeno, y para que la religión y ciencia marchen unidas en la educación del pueblo no hay sino dos medios: que el Estado sea católico en la enseñanza, o que deje de enseñar.

¿El primero es realizable *hic et nunc* en nuestra Patria? Esto equivale a preguntar si en la forma de gobierno que nos rige hay jefes de bando *gubernamentales* capaces de entender y aplicar esta regla de gobierno. Puesto que la sociedad es católica y el Estado también, séalo la enseñanza, y sirve el poder para refrenar la audacia del maestro oficial que falte a este deber de Estado. Difícil será hallar hombres de estas condiciones; yo no los conozco; habría que hacerlos.

Pero aunque se hallara un cristiano cabal, español y Ministro de cuerpo entero, dispuesto a gobernar a la nación tal cual es, ¿podrá tal hombre remediar el mal? Podría hacer mucho bien, pero el mal volvería a reproducirse al cambiar el Ministerio; y duran tan poco los hombres de Estado en el poder como en casa con deudas las amas de gobierno. Este hecho da lugar a consideraciones que apenas. ¿Conque es decir que la educación de la juventud, y, por tanto, el alma y porvenir de la patria están en manos de un poder sin conciencia, plan ni subsistencia? La educación, que es todo previsión, labor y calma, ¿está lanzada en el mar agitado de la política? La educación, que es planta delicada, ¿está expuesta a ser víctima de las pasiones de las sectas y bandos que juegan a la política? La formación de las nuevas generaciones, que tanto amor pide, unidad, altura de miras y constancia, ¿está sometida a tantas cabezas cuantos Ministros, a tantos vaivenes como Ministerios y a tantos errores y miserias como es capaz de defender y plantear la cabeza de un político de combate en situación de cartera? ¡Oh! Si más razones no hubiera para sostener que el Estado no debe ser maestro, éstas bastarían. La educación de la juventud, que entraña el porvenir de la religión y de la patria, es un asunto demasiado trascendental y grande para jugar con él a la política. La misión docente no es atribución propia del Estado, no la tiene; pero tampoco la necesita ni le conviene. No la tiene, porque nadie se la ha dado, ni nadie probará que es función esencial del poder político hacer médicos y boticarios; no la necesita, porque para proteger la enseñanza le basta tener dinero y saberlo distribuir entre los organismos sociales que de ella se encarguen; y para exigir condiciones de profesor, abogado, médico, boticario, literato y albéitar, etc., no necesita fabricarlos. Tampoco le conviene hacer la competencia, ni acaparar los estudios, ni

erigirse en amo de la enseñanza, porque esto lleva consigo gravísimas responsabilidades y exige condiciones de fijeza, etcétera, que él no tiene; en fin, para qué lo hemos de negar, lo hace bastante mal, y no tiene derecho a impedir que otros lo hagan mejor, sino interés en librarse de una carga psada para él y más para la patria.

¿Qué hará el numeroso ejército de profesores oficiales si el Estado deja de ser maestro? Seguir enseñando por su cuenta y sin perder el sueldo. ¿Cómo? De varios modos. Concediendo autonomía a la Universidad, la cual se encargará de la inspección de todos los organismos docentes que de ella dependan; convirtiendo el cuerpo de catedráticos en cuerpo de inspectores, maestros de los maestros y examinadores constantes; supliendo la función social de la enseñanza donde la sociedad no acierte libremente a hacerlo; conservando algo modificada la actual organización por el período que dure la transición del estado de monopolio oficial al de la justa libertad social y académica, etcétera.

A grandes males grandes remedios, y cuando las cosas no pueden seguir adelante, tienen que volver atrás. No hay más remedio; el caminante que se extravía, cuando llega a conocerlo, no sigue por el torcido camino, sino que le desanda y vuelve al que por error había abandonado si quiere llegar al término. ¿Hemos los hombres de letras de tener menos sentido que cualquier viajero? ¿Han de carecer los legisladores y clases directoras del instinto de rectificación que no falta al arriero?

### XVIII. *¿Debe la educación, además de artística, ser manual?*

En cuanto el sentimiento de lo bello es tan natural al hombre como el de lo verdadero y lo bueno, y la educación debe cultivar todos los gérmenes que Dios ha puesto en el educando, la educación debe ser artística para que sea integral o completa.

Verdad, bondad y belleza se dan la mano y ayudan mutuamente al educando para más y mejor conocer, querer y sentir; y así la estética es un poderoso medio de educación intelectual, moral y religiosa, y aun las artes mecánicas reciben de ella su belleza y perfección. El gusto artístico se nota pronto en todas las manifestaciones individuales y colectivas de los pueblos cultos, y las mismas diversiones y placeres de los hombres dependen de su educación, siendo más nobles y dignos en los que más cultivado tienen el gusto de lo bello.

Acerca de la extensión y objeto de esta educación no es dado fijar una regla absoluta; dependerá de la edad, grado de la enseñanza, posición y probable destino del educando. Música, dibujo y poesía, con sus derivadas y contenidas, son las tres bellas artes que debieran cultivarse en mayor o menor grado por todo hombre culto, y la escuela hallaría en ellas un recreo y el descanso de faenas más rudas.

¿Deberán cultivarse dichas artes con un fin pedagógico o utilitario? En la escuela se atiende principalmente a educar, a poner en disposición de gustar, entender y saborear las bellezas del arte y de la naturaleza (y esto es lo esencial); pero como educando las facultades se conocen las vocaciones y aptitudes, del ejercicio del arte resultará el descubrimiento de los artistas, y esto nos lleva a la educación manual o ejercicio de las artes bellas y no bellas.

Las manos y órganos todos se nos han dado para ejercitarlos en artes liberales y no liberales; para ejecutar no basta *gustar* y *saber*, se necesita *hacer*, y de aquí la necesidad de la educación manual, o de las manos, para *obrar*.

La escuela es preparación y ensayo de la vida, y en ésta hay que trabajar; la escuela es gimnasio de todas las energías, y las fuerzas musculares deben ejercitarse; en el mundo lo que vale es el amor al trabajo, y debe este amor inspirarse e infundirse por el hábito desde los primeros años; para equilibrar el ejercicio mental viene muy bien el corporal; para cuando la carrera no da de comer conviene saber un oficio o arte; los oficios y artes serán tanto más honrados y perfeccionados cuanto las clases acomodadas entiendan más de ellos; y, finalmente, si a la mujer se da educación manual con las labores propias de su sexo, ¿por qué la educación del hombre ha de ser meramente intelectual y verbalista?

No decimos cuáles ni cuántos, pero hacer casi obligatorio el aprendizaje de un arte u oficio para todos, ricos y pobres, y preparar las escuelas inferiores y superiores para poder dar, en mayor o menor grado, la educación manual compatible con sus fines especiales no sería un *exceso*.

En este punto todo está por hacer en nuestra Patria.

### XIX. Conclusión

Según la Pedagogía, debe la educación, *para merecer el nombre de tal, ser una*, por el fin y unidad de criterio del magisterio que educa; *inicial*, o que comience en el regazo de la madre; *integral*, o que abarque al hombre todo; *gradual*, o por grados bien medidos y proporcionados a la edad y condiciones del sujeto; *continua*, o dada en sucesión no interrumpida; *progresiva*, o en desarrollo constante y progresivo; *tradicional*, o conforme a la tradición de los siglos; *nacional*, o según el genio especial y destino de las naciones; *orgánica*, o de modo que alma y cuerpo y todas sus facultades y órganos reciban armónico desenvolvimiento, y de aquí el llamarla *armónica, instructiva y educadora*, y no meramente ilustrada; *convergente*, orientada constantemente hacia un objetivo; *activa*, por parte del maestro y alumno a la vez, y no meramente pasiva; *sensible*, o que eduque la parte sensible y haga agradable e intuitiva la enseñanza, en cuanto pueda, y cultive los sentimientos de lo bueno y de lo bello; *moral*, o que eduque el corazón para la virtud; que *imprima carácter* por la fijeza y perseverancia en el bien; *religiosa*, o que atienda al fin último y a los medios a él ordenados; *libre*, en cuanto al derecho de elegir escuela, maestros y métodos; *artística*, o cultivadora del sentimiento de lo bello, y *manual*, o comprensiva de ejercicios prácticos.

Si, pues, en la educación de nuestros centros oficiales de enseñanza faltan: la *unidad*, en el fin, no bien determinado, y en el criterio discrepante de los maestros entre sí, y con la educación *inicial* de los padres; la *integridad*, puesto que se abandonan la parte física, ética y estética y se da mal la educación científica; la *gradación*, por pasar de un grado a otro sin estar preparado en el anterior, ni atender a la edad y condiciones del alumno; la *continuidad*, porque cada profesor construye la ciencia a su modo y se pasan meses y meses de vacaciones; *progresión* rigurosa, por carecer de método, disciplina y estricto orden científico, que evite lagunas y saltos en el saber; de *tradicón secular y nacional*, por variar los planes a capricho de los Ministros, los cuales hoy los forman según un patrón venido de Francia y mañana según otro llegado de Inglaterra; de *organización armónica*, por no atender al desarrollo armónico de todas las facultades y órganos, sino, a lo más, a la memoria y entendimiento de repetición; de *fin educativo*, por ser sólo organismos docentes; de *miras convergentes y sostenidas* hacia un objetivo, por llamar la atención sobre muchas materias divergentes o diversas a la vez; de *actividad docente y discente*, por reducirse, por regla general, el maestro a hablar y el alumno a escuchar, y a veces a repetir; de *sensibilidad*, para educarla, y de formas sensibles y agradables, para hacer sentir y entender mejor lo que se enseña de *moralidad*, porque no se cuida de la conducta de los alumnos ni ejerce una acción intencionada y constante sobre el corazón de éstos, ni sabe inspirar a los maestros el celo de apóstoles, antes, al contrario, algunos carecen de criterio y los más prescinden de todo lo que no sean letras; *no imprimen carácter moral*, por las mismas causas y las continuas contradicciones; *carece de religión*, por no responder el Estado de las ideas de sus maestros, que en más de un caso resultan impíos, y con frecuencia indiferentes; de *libertad*, por imponer el Estado escuela, programa, texto y maestro de manera más o menos franca; de *toda educación artística y manual*, porque no se dan, ni bien ni mal; concluiremos preguntando: *¿tal educación es educación?*

¿Es educación *una* la que entrega la juventud a un magisterio que carece de unidad en las verdades más fundamentales, cuales son el fin del educando y de la educación, y de tal manera dan la enseñanza los profesores que uno dice lo que otra contradice?

¿Será *acertada* educación la que comienza en el regazo de la madre, con frecuencia ineducada, aunque buena, y continúa en una sociedad y escuela que está de los padres divorciada?

¿Será *cabal* la educación que sólo cuida de la inteligencia, y abandona voluntad, sensibilidad y desarrollo físico al mero acaso o accidentes mil de la vida?

¿Será educación *bien pensada* la que destruye en la escuela lo que se hace en la casa, y pasa de un grado a otro sin tener fijeza ni seguridad alguna en el grado precedente?

¿Será educación *sabía* la que pretende hacer de niños hombres semisabios y consigue de la mayor parte que hablen de todo sin entender de nada, ni más ni menos que si hubieran estudiado para papagayos? ¿Será educar en el *amor al trabajo* pasar en la holganza la mayor parte del año?

¿Será *progresar* avanzar a la carrera por el campo de la ciencia sin darse cuenta del camino recorrido ni del enlace, posición y dependencia de los objetos en él encontrados?

¿Será *juiciosa* una educación que, para tenerse por más adelantada, rompe con el pasado y menosprecia el saber y experiencia de los siglos, y así cambia de planes de enseñanza como de calendarios y Ministros?

¿Será *patriótica* una educación que censure y oscurezca las glorias más puras y brillantes de la patria por no saber identificarse el maestro con las ideas y sentimientos que animaron a nuestros padres?

¿Será *humana* una educación que consista en la repetición de más o menos libros en forma mecánica?

¿Será *verdadera* educación la que sólo instruye, reduciendo el papel de maestro a un mero transmisor de ideas y el de alumno a hacerlo un mero joven ilustrado?

¿Será educación *reflexiva* la que impide al alumno pararse a meditar en nada?

¿Será labor *honda* de educación la que promueve la superficialidad enseñando de todo un poco y de todo muy poco?

¿Será *provechosa* al alumno una educación que le marea, distrae y desparrama en mil cosas a un tiempo, en vez de concentrar su atención en una sola?

¿Será *ideal* una educación cuyo resultado final es acortar vida y talento en los alumnos aprovechados y disfrazar la desidia habitual de perezosos, disipados y memoristas, que suelen ser los grandes haraganes de la inteligencia?

¿Será *fomento de la actividad* intelectual el sistema de discursos enfáticamente pronunciados por los maestros y somnolientemente oídos por los alumnos?

¿Será *enseñar* mostrar que se sabe, sin cuidarse de enseñar a estudiar, pensar, combinar ni hacer lo que se estudia?

¿Serán *capaces de educar* a otros los que sólo se han preparado para instruirlos, y esto por instinto más bien que por reflexión y estudio de los métodos de enseñanza?

¿Se pueden llamar *instituidores* o educadores los que sólo ven al alumno durante la hora de cátedra, y en esa hora algunos no le tratan, pues no le preguntan?

¿Son *centros de educación* los de enseñanza que no imprimen carácter, o forma y sello especial, a sus alumnos para toda la vida?

¿Será *agradable* y simpática una educación verbal árida y seca, dada en local triste, angosto y sombrío, no alternada con juegos ni hermoseedada con jardines, cuadros, museos, paseos, cantos ni poesía alguna, dentro ni fuera de casa?

¿Será *varonil* una educación que saque alumnos enclenques y anémicos, inútiles para todo ejercicio fuerte y violento?

¿Será *recta* y educadora una disciplina sin más código ni sanción que el aprobado o suspenso de fin de curso?

¿Será *bienhechora* una educación que para nada se cuida del corazón ni de la conducta moral del alumno? ¿Y si por contra hay maestros que escandalizan con sus dichos o malos ejemplos?

¿Será *eficaz* la educación moral dada sin modelo, norte y guía, o por hombres sin preparación especial ni celo de Apóstoles para santificar a sus alumnos?

¿Será educación *seria* y *formal* la que en vez de formar verdaderos y nobles caracteres, los deforma y hace juguetes de las pasiones y circunstancias, y produce esos viejos anticipados y vividores, que no miran dónde están el bien y el mal, sino dónde dan pan?

¿Será educación *católica* la que no *responde* de la ortodoxia de sus maestros? ¿Será educación *concienzuda* la que no respeta la conciencia del educando? ¿Será educación *respetable* la que viola el derecho divino de la Iglesia para salvar, y el de los padres y los alumnos para salvarse?

¿Será educación *discreta* y prudente la que se da por maestros tan libres que su libertad no tiene otros límites que su discreción y prudencia?

¿Es *libre* la enseñanza que impone al joven matrículas, escuela, textos y maestros, sean buenos o malos, bajo pena de no tener carrera ni enseñanza, a no ser un potentado?

¿Es *edificante* una educación en la cual ciertos maestros alardean de tener una ciencia opuesta a la Religión, y los representantes autorizados de ésta no pueden impedir esos alardes?

¿Es *sistemática* y perseverante la educación que pende de la voluntad y cambios ministeriales?

¿Es *estética* una educación de la cual está desterrado el arte?

¿Es *previsora* y *equilibrada* la educación que divorcia la ciencia del arte, la carrera del oficio, la cabeza que piensa de las manos que ejecutan?

En suma, ¿es educación una enseñanza que, a lo más, instruye, pero no educa?

Dad vosotros la contestación.

Si estos trabajos no fueran cortos de Real Orden, trataríamos aquí, expuesta ya la enfermedad, del remedio pero no es posible, ni fácil, ni es obra de un día o de un solo cerebro.

Para remediar en parte tan graves males, trabajemos todos, alumnos y maestros, a fin de dar a la enseñanza las condiciones pedagógicas de una buena educación; eduquémonos y eduquemos de verdad a toda la generación presente, y este pueblo infeliz, hoy mal alimentado, mal vestido, mal administrado y mal regido, tendrá seguramente pan, camisa, administración y gobierno cuando esté bien educado, porque de la educación buena o mala depende la grandeza o la ruina de las naciones.

Queridos compañeros y amados discípulos, la Religión, la Patria y la Ciencia de la educación esperan que cada uno de nosotros sabrá cumplir con su deber en el curso que comienza. Es lo menos que podemos hacer, mas con ello se remediarían muchos males y evitarían otros mayores.

Antes de terminar, me siento impulsado a pedirlos una oración para tres profesores, hace poco tiempo muertos: don Juan Creus, don Francisco J. Simonet y don Rafael Branchat. Fueron en vida buenos cristianos, excelentes maestros y grandes bienhechores. Estas tres glorias de la Universidad granadina murieron orando y pidiendo a sus amigos oraciones. Más duradera que la vida y más poderosa que la muerte, es la oración el único trato y amistad provechosa con los seres de ultratumba; si, pues, los amamos y deseamos complacerlos, oremos, recemos por ellos siquiera un padrenuestro, que lo estimarán más que cien discursos. (Y se rezó).

HE DICHO.

NOTA.- Sobre este patrón, y para indicar algunos remedios de los males que aquí se mencionan y lamentan, se han publicado, después de 1907, algunos trabajillos, que unos han aplaudido y otros han censurado, como es natural.

La mayor parte de esos trabajos se contienen en los folletos u hojas del Ave María, donde se intenta desarrollar el pensamiento de una educación sana, española y cristiana, tomando la cosa desde la primera enseñanza.

Estos folletos u hojas se dan gratis a los bienhechores de las Escuelas, y para los que, sin serlo, no quieren excederse por carta de más ni de menos y piden precio, se les fija el de cinco pesetas.

ANDRES MANJON